

Nº 509
29
Septiembre
2021
Jueves

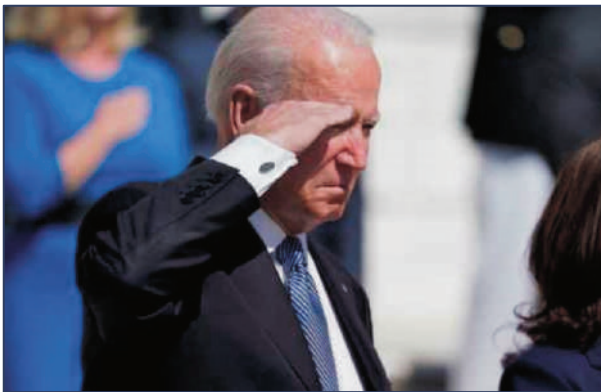


La retirada de América (I)

Ángel Satué (*Páginas Digital*)

Los acuerdos de Doha, capital de Qatar –aliado de EE.UU. en la zona–, que es el primer productor de gas del mundo y un intenso patrocinador de todo lo moviente y semoviente, en Europa lo sabemos bien, son de marzo de 2020. EE.UU negoció con los talibanes y el extinto gobierno afgano, en lo que se entiende como la plasmación formal de un deseo de retirarse del avispero afgano que venía de lejos, para preocupación del gobierno afgano (¿dónde estará ahora?), tras la celebración, recordemos, de dos elecciones democráticas en el país, protegidas por las fuerzas armadas afganas (¿dónde estarán ahora?), adiestradas por la OTAN (¿dónde estará mañana?).

También, para preocupación de los vecinos de la zona, incluyendo China y Rusia, a pesar de las declaraciones realizadas hasta la fecha o la tardanza en hacerlas (Putin).



La retirada estadounidense ha sido interpretada como una victoria del mundo musulmán por el mundo musulmán, pues no olvidemos que para el islam la clave de interpretación religiosa va de la mano de la política. De igual modo ha sido interpretado como una derrota

en Occidente, arreciando muchas críticas desde el pensamiento conservador y neocon, pero no solo, pues a estas voces se ha unido la socialdemocracia europea.

La retirada se puede estudiar desde (A) el plano estratégico y (B) desde el plano ideológico. Además, (C) interesa hacer prospectiva geopolítica.

En el plano estratégico, hemos de distinguir entre (A.1) la decisión de retirarse del gran derrocador de imperios que siempre ha sido Afganistán, y (A.2) la manera y modo de hacerlo.

(A) Plano estratégico (y de doctrina militar):

(A.1) La retirada

Lejos de ser una derrota, hemos de interpretarlo con un ángulo de visión más amplio pues esta retirada se hace a tiempo y toda retirada a tiempo es una victoria, por lo que la mal llamada derrota americana tiene todos los visos de ser un repliegue táctico, en lo geopolítico. Es decir, solo parece una rendición.

Además, permite a EE.UU. proceder a la concentración de fuerzas, y cumplir con Sun-tzu cuando dice que «si no estás en peligro, no luches», ganando tiempo y dinero para la siguiente guerra. Napoleón decía que podía recuperar el espacio, pero el tiempo jamás. Y, haciendo un paralelismo del mundo de los montañeros (Afganistán posee un 85% de terreno montañoso), se acostumbra a controlar el riesgo y gestionar los daños, porque todo paso que se



da en la montaña jamás debe ser temerario. De darlo, la integridad está en riesgo, pero también la fama de uno se resiente. Lo temerario entonces era quedarse.

EE.UU. se retira del mundo, es cierto, lo ha dicho solemnemente Biden. Pero

se trata de una retirada político-económica de EE.UU. de los asuntos internacionales que no tengan que ver directamente con la rivalidad y con la contención del Imperio del Medio, China. La citada concentración de fuerzas le va a permitir atender mejor otras zonas más prioritarias, como Asia-Pacífico y América. No es una reclusión de por vida en un monasterio.

Además, EE.UU. obtiene más ventajas al retirarse y dejar un Afganistán al borde del colapso por guerra civil (costumbre regional, recordemos la habida entre tayikos y pastunes, al retirarse la URSS). Hacer algo en el país, como extraer tierras raras y construir infraestructuras para sacarlas al exterior, o gaseoductos, exigirá primero una pacificación, es decir, tiempo, diplomacia y la movilización de recursos ingentes de los rivales sistémicos de EE.UU., con China a la cabeza que, no olvidemos, sufrió un atentado talibán el pasado julio de 2021, muriendo 9 ingenieros chinos que construían una presa en el Indo. Aviso a



navegantes, para una China ávida de tierras raras y gas, pero que no desea poner en peligro a sus trabajadores (¿utilizaría China a sus chinos uigures, de religión musulmana, como mano de obra, para evitar atentados?).

Por decirlo gráficamente, el sheriff gringo se ha subido al piso de arriba del Saloon a darse un baño, sin esperarlo nadie, pues estaba cansado, y volverá

limpio, mientras los demás, aun con la música de fondo, le siguen con la mirada mientras él sube las escaleras. Era el momento del baño.

Transcurridos 20 años desde los atentados del 11-S, que marcaron el final de un período que comenzó en 1989 (derribo del muro de Berlín) a 2001, EE.UU. llevaba gastados en Afganistán más de 2.26 billones (en escala europea) o 300 millones de dólares al día, de los cuales la mayoría se ha financiado vía deuda con un coste estimado de los intereses de unos 500.000 millones de dólares.

Invirtió (dilapidó) más de 85.000 millones de dólares en un nuevo (y fracasado) proyecto de ejército afgano, de moral baja, que para más inri ha abandonado a manos de los talibanes material militar y de seguridad de excelentes capacidades. Por el contrario, ahora, el famoso contribuyente americano («taxpayer»), se va a ahorrar mucho dinero y es posible que EE.UU. transite hacia un modelo europeo de bienestar, ahora que puede financiarse, Covid mediante.

Por arte de magia, si al país, que se encuentra al sur de tres ex repúblicas de la URSS, entre Irán y Pakistán, y con una exigua frontera de 70 kilómetros con



China, se le prefiere apaciguado por la comunidad internacional, el asunto pasa a ser de otros.

Y la Historia, nuestra maestra, nos cuenta cómo Adriano, se replegó pacíficamente de la provincia de Mesopotamia, conquistada por Trajano (volverían un siglo más tarde con Séptimo Severo), dando un respiro a Roma; y, en cambio, nos muestra cómo cuando Atenas se aventuró

al la conquista de la lejana Sicilia, terminó por perder su imperio; ya se sabe, que quien mucho abarca, poco aprieta.

Además, no conviene olvidar que el mundo de hoy es ciber-geopolítico. En relación con el marco geopolítico actual, de pesos y contrapesos, de fuerzas y contrafuerzas, conceptualmente hablando, el control del territorio físico y de la población ha dado paso al control del ciberespacio, a la inteligencia artificial, al IoT, el 5G, la nube..., en una palabra, a una nueva fase de la geopolítica. Por tanto, si no se tiene un propósito claro en un terreno físico concreto, o se puede conseguir de otro modo, lo que parece más sensato es que las botas se vayan a su casa.

(A.2.) Las formas de la retirada

Sobre las formas se ha dicho de todo... pero hemos de preguntarnos si para los intereses de EE.UU. una retirada ordenada y prolongada en el tiempo era un regalo para China. Por el contrario, una salida atropellada permite que Rusia, Irán, Pakistán, India y China apenas puedan reaccionar ni repartirse ordenadamente el país por zonas de influencia.

En este movimiento, con la inteligencia sobre el terreno, es difícilmente creíble que no hubiera indicios de que la estructura de estado montada desde 2001 sobre las bases endebles de las tribus y etnias no fuera a caer sin el soporte del pilar de los norteamericanos. Pero existen los fallos, el elemento humano y todo no siempre sucede como se negocia o como parece que sucede.

América se enroca (II)

EE.UU. ha hecho lo que no hizo España en el siglo XVII. Si España se hubiera retirado de las Provincias Unidas o del Franco Condado, y hubiera abandonado la causa de la defensa del catolicismo, otro gallo le hubiera cantado al conde-duque de Olivares y a Felipe IV. Otros podrán decir que entonces no hubiese sido España, y tendrán razón... o no, porque siempre hay latente una versión B de una nación o un pueblo.

Para España primaron razones de religión y prestigio, la idea imperial, la misión y la preservación de las esencias de la Cristiandad, ahora Occidente, frente a la razón de estado o el interés nacional, de la Francia de Richelieu y Mazarino. La Historia, una vez más, nos muestra el inicio del lento declive de la monarquía hispánica a pesar de las voces de aviso de esa cara B, nuestros primeros reformistas (algo nacionalistas), los arbitristas, como explica a la perfección Kurt Hofer («Lesson's from Spain's Imperial Decline», Summer 2021, *The European Conservative*). Estos, ante la evidente decadencia económica

y la necesidad de políticas activas, proponían reformas, que desgraciadamente el conde-duque no pudo llevar acabo, sin duda, por los múltiples conflictos exteriores.

En Afganistán, EE.UU. ha tratado de evitar esto y de ganar tiempo. Para ello, la causa de la libertad, la democracia y los derechos humanos, como



la española causa de la catolicidad, ha cedido a la razón de estado. Se ha dado entonces una mutación ideológica en el «establishment» norteamericano, que va a marcar los próximos 50 años (el mundo comienza ahora). Las élites americanas creen que hacen bien, como no hizo España hace 400 años, echándose a un lado, cuando goza aún de prestigio, de autonomía estratégica y energética, y una capacidad de destrucción planetaria jamás alcanzada por ningún pueblo de la tierra (desde los atlantes, diría Platón).

La cuestión es si hay o no rumbo político en este repliegue, que no retirada, unilateral de los americanos, no concertado con sus aliados de la OTAN ni de la Unión Europea.

Para EE.UU. este rumbo en realidad tiene unos 200 años de antigüedad. Podemos estar asistiendo a una vuelta a su «Doctrina Monroe» (América para los americanos), en un momento en que esta es clave para la influencia en el Pací-

fico asiático, y cuando prolifera la influencia china, iraní y rusa en la América española. Además, es un retorno a un cierto aislacionismo nacionalismo Jack-soniano, o a las tesis realistas estilo Kissinger.

EE.UU. vuelve a la razón de estado, aparentemente. Abandona la causa neo-con de Bush hijo de la expansión de la democracia, y acaso se centre en la libertad de comercio –¿es esto asumir las tesis de China?–.

Además, EE.UU. es el hegemón naval de nuestra era, como lo fueron España e Inglaterra en su día. Desde 1897 (presidente Mckinley), se concibe como tal, asumiendo las tesis del «navalismo» de Mahan, por las que para gozar de la supremacía mundial se habría de controlar los mares, hoy, además, el ciberespacio (frente a las tesis del «Heartland», del geógrafo y político Mackinder, que postulaba dominar éste, es decir, Europa del Este, para dominar Asia central, para controlar el mundo). Es posible que estemos viviendo una vuelta a un neo-mahanianismo.



Sin duda, abandonar la idea intervencionista de crear estados utópicos imposibles, en desiertos y pedregales, y de expandir los derechos humanos mediante el derrumbe militar de tiranos y sátrapas, es el desconsuelo de los neoconservadores (o «neoreaganismo» o «wilsonismo duro» desprovisto de instituciones internacionales); y de la socialdemocracia, que en este tema van

de la mano. Los primeros, por la misión cuasi religiosa de expandir la democracia, los segundos, por la misión cuasi religiosa de expandir los derechos humanos (debidamente aumentados en aspectos de género, aborto, tipos de familia...).

Como apunta Francis Fukuyama (*América en la encrucijada*), sobre Iraq (otra retirada), existen claros límites para la eficacia militar, y el ejército voluntario de EE.UU. no puede con insurgencias prolongadas. Por ello, sugiere transitar hacia un wilsonismo realista, que reconociera la importancia para el orden mundial de lo que sucede en el interior de los países y que adecue mejor las herramientas disponibles para la consecución de los fines democráticos. Toda una vuelta de rosca para la teoría de la reconstrucción democrática de naciones («Nation or State building»).

Esto es, a diferencia de lo que se oye hoy día en los medios, la retirada de Afganistán no tiene por qué suponer la renuncia a la expansión global de la democracia, sino que esta parte idealista se ha de efectuar por otros medios (soft power), no solo el militar –de un único país–, contando con aliados y generando confianza y tranquilidad en propios y extraños, y desarrollando, eso sí, las instituciones internacionales y globales, para resolver problemas globales de la humanidad.

Si esto al final se trataba de lucha contraterrorista, como indicó Olivier Roy, es más bien un grave problema de Europa occidental, relacionado con glo-

balización, la crisis económica, de identidad... y la gestión de la inmigración y de las segundas, terceras y cuartas generaciones de europeos. Y entonces, esta nueva visión de las relaciones humanas globales (relaciones internacionales), como dice Fukuyama, va a resultar «descorazonadora para quien se preocupe por los derechos de la mujer, la tolerancia religiosa y demás», pues el proceso de configurar nuevas instituciones globales y un modelo también global de pesos y contrapesos exige, sobre todo, paciencia.

El futuro del avispero afgano (III)

Tras analizar los planos ideológico y estratégico, conviene hacer un ejercicio de cierta prospectiva, pues se prevé que la zona va a quedar inestable por décadas.

Precisamente vivimos un momento de empuje y pujanza de Asia Central (muy parecida y próxima a la región pivote de «Heartland», del geógrafo y político Mackinder para «quien la domine, pasará a controlar el mundo»).

Esa región, de la que Europa es una simple afortunada península, es la zona de influencia de la mitad de la población mundial y del 30% del PIB, por ella transcurre la Ruta de la Seda de China, y así lo demuestra la existencia de la muy poco conocida en España Organización de Cooperación de Shanghái (China, India, Rusia, Pakistán y cuatro ex repúblicas soviéticas), una especie de Unión Europea a la asiática.

Esta relevancia se pone de manifiesto por la aproximación diplomática tanto de China como de Rusia, centradas ambas en la seguridad y la persecución

de la droga, tras la marcha americana, que dejan a los europeos el tema de la protección de las minorías, de las mujeres y, en general, de los derechos humanos. Sin duda alguna, los derechos humanos son importantes, y por eso competiría más bien a una organización como la ONU, debidamente reformada, el



cumplimiento por todos los estados de los valores de la Carta de las Naciones Unidas, o a una liga de democracias, siguiendo a Fukuyama. Pese lo que les pese a los antiglobalistas, los asuntos del mundo merecen ser gobernados, con transparencia, en foros de ámbito global, con los cauces de representación oportunos. Y esto no es ir contra el Estado nación, sino preservarlo de la barbarie.

La situación del país es un avispero –y un caldo de cultivo para el Covid-19–, pues a la situación de la población civil en general, y la ausencia de futuro, ni industria (que siempre es el futuro), los talibanes están enfrentados al Isis-K (su marca en Siria la derrotaron los rusos), y se encuentran armadas todas las etnias y grupos tribales, y lo que quede del ejército afgano. Hay conatos de rebelión de otras tribus y territorios, como el que lidera el nuevo león de

Panjshir –gracias a Mikel Ayesterán, de ABC, sabemos que Panjshir significa «cinco leones»–, Ahmed Massoud, de etnia tayika y señor de la guerra.

Todo hace augurar un auge del terrorismo o de las guerrillas, de una guerra civil más o menos larvada o explícita, así como un posible resurgir de grupos latentes o sin actividad aparente, como el de la minoría musulmana perseguida en el oeste de la China (campos de reeducación mediante), denominado Movimiento Islámico de Turkmenistán Oriental (MITO), que para EE.UU. dejaron de ser un peligro el año pasado. Además, a todo lo anterior, se une el incremento que viene dándose, según Naciones Unidas, desde 2001 de la producción de opio (y de su consumo, por desgracia en EE.UU. y en Rusia, y es de suponer que en China –que ya tuvo sus Guerras del Opio en el siglo XIX– y en Europa).

Y para guinda, el gas natural. Que tiene el don de enturbiarlo todo en geopolítica (caso de Siria). Hasta lograr la neutralidad climática en el mundo (en Europa al menos, en 2040-2050), el gas –combustible fósil– jugará aún un papel importante. Pues bien, resulta que estaba previsto (y sigue en proyecto)



hacer un gaseoducto que una Turkmenistán, atravesando Afganistán y Pakistán, hasta llegar a India (TAPI). En este gaseoducto, ni EE.UU. ni Qatar participan, siendo el emirato que acogió las negociaciones con los talibanes el exportador del 75% de su producción, hacia India, Japón, Corea del Sur y China.

Turkmenistán, la sexta reserva de gas de todo el planeta, podría socavar esta posición catari.

En definitiva, el tiempo dirá si esta retirada, que lo apuesta todo a la comunidad internacional y/o al caos y al desorden, fue una nimia derrota o una gran victoria. En cualquier caso, se pone fin a una forma de expansión de la democracia, en un mundo sometido a tendencias autocráticas preocupantes. Este abandono no debe ser el de la causa de la libertad para todos los pueblos del orbe, sino, acaso, del método hasta ahora utilizado.

Se hace perentoria, por tanto, una nueva convención global de las naciones, para plantear que determinados asuntos tengan una especie de reserva de globalidad, en el marco de una federación mundial. Si no, efectivamente, habremos fallado a un alto coste. Y extraigamos como lección que el coste de expandir la democracia no puede ser no contar con el hecho cultural y religioso de los pueblos dominados o conquistados. Fue un error en tiempos de Roma, y es un error en nuestros tiempos.

Habrá que posar la mirada en una tradición tan milenaria como la china, la de la Iglesia católica. Si bien propugnó las cruzadas en 1099 (por la persecución a la que se vieron sometidos los cristianos peregrinos por los turcos selúcidas, bárbaros de Asia central), de esa misma época, encontramos en cambio otra forma de estar en las «relaciones internacionales», cuando los franciscanos se

quedaron a custodiar los Santos Lugares, por una gracia de Saladino, encontrando una forma de entrar en relación y transformar las comunidades y las zonas donde se les ha permitido mantener una presencia, que al fin y a la postre da sus frutos, en cosechas que se cuentan por centurias, no en tuits. La Escuela de Traductores de Toledo puede ser otro método, como lo es la revista *Oasis*, del cardenal Scola, para entrar en diálogo con el mundo musulmán, desde el Occidente, pues se trata de economía y poder, pero es también religión y cultura –una concepción del hombre y de Dios, y de la relación entre ambos– lo que subyace en estos pretendidos conflictos entre el Oriente y el Occidente, que a veces chocan en una encrucijada: Asia Central, a veces en nuestro propio fuero interno. DEP los valientes soldados y policías españoles caídos, por España, en aquella tierra maldita.

* * *

Tontos no hay tantos

Juanma Badenas (*El Manifiesto*)

Catedrático de Derecho civil de la UJI

Una de las ventajas de la digitalización es que lo que se publica hoy podrá ser consultado dentro de algún tiempo con la misma nitidez con la que cualquier lector está leyendo ahora este artículo. Tal circunstancia permite adoptar una perspectiva que hace décadas era menos real. Un periódico impreso en papel es perecedero; y aunque ha habido autores que escribieron de manera expresa pensando más en los lectores del futuro que en sus contemporáneos, solo unos pocos consiguieron su objetivo.

Por eso, escribir ahora teniendo en cuenta un lector de dentro de cinco o diez años no es tan absurdo.

Es más fácil vivir con una mala lógica que con un mal sentimiento. El ser humano es capaz de pensar contradictoriamente y no tanto de sentirse culpable.

Durante siglos se ha ido sedimentando el espíritu de la culpabilidad. Digo espíritu porque la culpa se asocia indisolublemente al alma. Al alma individual y al alma colectiva. Para muchos no hay nada peor que sentirse culpable.



Escribió Calderón que «*el mayor delito del hombre es haber nacido*»; pues, por el camino que vamos, pronto nos sentiremos culpables por ello. De momento empezamos a experimentar ese sentimiento respecto de acciones que están relacionadas con el existir, como ensuciar, copular, ser

propietario y comer o beber ciertas cosas. E incluso pensar racionalmente.

Contaminar equivale a ensuciar, aunque sea por necesidad. A veces, para producir no queda más remedio que ponerlo todo sucio. Sin embargo, contaminar se ha convertido en algo pecaminoso; sin que nadie haya sido capaz

de resolver la ecuación que enfrenta la sostenibilidad ambiental con la económica. Y menos todavía la insolidaridad planetaria que supone que mientras unos países restringen sus emisiones de CO² otros saquen ventaja competitiva de no hacerlo.

Copular siempre ha sido pecado; pero ahora más, por implicar la participación de un hombre y una mujer. El acto sexual entre hombres o entre mujeres no es cópula; y ni está mal visto ni es *old-fashioned*. Hay cierta proscripción del sexo (hetero), sobre el que se cierne una especie de presunción criminal.

Al fin toma cuerpo la idea de la feminista MacKinnon, según la cual «*la violación y el coito son difíciles de distinguir*». Como sabe el lector, ya tenemos nuestro Proyecto de ley de «solo sí es sí», que no es más que la versión castiza del «*in dubio (contra) reo*» masculino.

Beber, pero sobre todo comer ciertos alimentos, también es pecaminoso. Se habla de la cantidad de agua que se necesita para producir una libra de carne, pero no de la que se requiere para cosechar un cesto de pepinos, olvidando que los seres humanos somos omnívoros.

Comer carne es *inhumano*. El animalismo propugna el reconocimiento de derechos y dignidades a los que, desde una reciente re-forma de nuestro



Código Civil, ya no se les considera cosas, sino «seres sensitivos». El otro día, una concejal «casó» a dos perros en un salón de plenos municipal, actuando como padrinos dos policías nacionales.

Como ya dije en un artículo anterior, la tendencia es hacia la erradicación de la propiedad. Según una de las predicciones del Foro Eco-

nómico Mundial, en 2030 «*no tendrás propiedades y serás feliz, alquilarás lo que quieras y será entregado por un dron*», cosa que había predicho Jeremy Rifkin en el año 2000, cuando escribió su libro sobre *La era del acceso*.

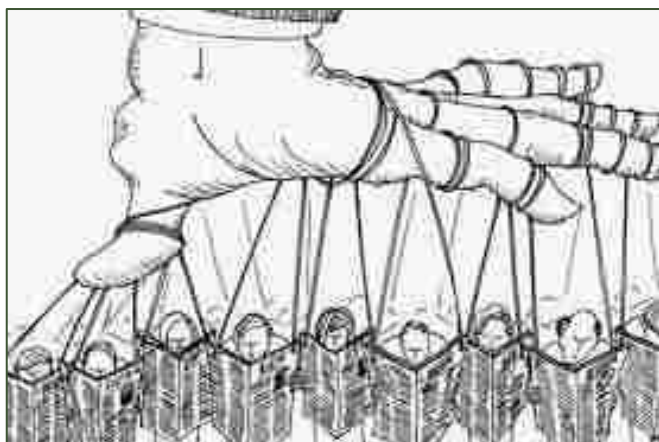
La propiedad es un derecho esencial sin el cual los demás pierden su sentido. Se habla de alquileres masivos eludiendo la cuestión de que *para que haya arrendamiento alguien debe ser el arrendador* (propietario de la cosa).

Quien tiene el control sobre tus bienes tiene el control sobre tu vida. De qué sirve reclamar el derecho de asociación, la libertad de expresión, ideológica o religiosa, si todo depende de que un fondo internacional esté contento contigo. En 2030 los *smart contracts* estarán a la orden del día. De manera que ya no harán falta leyes ni jueces porque será el propio contrato, basado en la tecnología *blockchain* (la misma que sirve de base a las criptomonedas, como Bitcoin), el que actuará como intermediario entre las partes. Los contratos de arrendamiento suscritos con los macrofondos serán de adhesión, llenos de

letra pequeña, y como las lentejas, «los tomas o los dejas». Fondos radicados en lugares ignotos, o judicialmente inaccesibles para cualquier usuario.

A esta lista de faltas hay que añadir otra más que consiste en pensar racionalmente. Ya habíamos detectado que, para algunos, ciertos argumentos, aunque estén apoyados sobre los hechos, son ofensivos, tales como decir que el hematocrito de las mujeres fértiles es distinto del de los hombres. También que ciertas palabras sólo pueden ser utilizadas por unos colectivos y no por otros, como «negro», empleable por las gentes de color (incluso para insultarse entre ellas), pero vetada para los blancos. O argumentar jurídicamente que la discriminación positiva implica una vulneración del principio de igualdad contenido en la Constitución española.

No es simplemente que la moral se haya impuesto sobre la razón, devolviéndonos a épocas oscuras, ni



que la ideología triunfe sobre la ciencia, lo cual en sí es bastante grave; sino que, como constató George Packer en su último artículo publicado en el digital norteamericano *The Atlantic*, existen diversas manifestaciones en el mundo occidental que revelan que la razón está empezando a ser considerada «una forma de poder». Nunca habíamos imagi-

nado que la estupidez humana pudiese llegar tan lejos.

Cuando se publicó el Manifiesto Comunista, la opresión consistía en la tiranía que los ricos imponían sobre los pobres: los patricios sobre los plebeyos, los señores sobre sus vasallos, los burgueses sobre los obreros, etc. Después, la misma teoría de la «lucha de clases» evolucionó hacia la confrontación opresiva entre diferentes grupos: los hombres sobre las mujeres, los blancos sobre los negros, los nacionales sobre los inmigrantes, los cristianos sobre los musulmanes (con falla o sin falla indultada), etc. Estamos en el punto de dar un paso más que consiste en decir que los inteligentes, por el hecho de serlo, oprimen a los que no lo son tanto: a los tontos.

Ante este nuevo mandamiento, cuyo texto es «no razonarás, ni harás uso de tu inteligencia, si ello pudiera molestar a tu prójimo», sólo caben dos posturas: renunciar a ejercer el pensamiento inteligente definitivamente, o hacernos los tontos durante cinco o diez años; que es lo que va a durar la fase de supina estupidez en la que vivimos.

Por eso mi artículo no está escrito únicamente para los lectores de hoy. Llegará un momento en que no tendremos más remedio que dejar de comulgar con ruedas de molino y reconocer abiertamente, por una mayoría que todavía no existe (porque resulta más sencillo vivir con una mala lógica que con una mala conciencia prefabricada), que los hechos objetivos, la ciencia y la razón no son sólo las únicas circunstancias e instrumentos sobre los que se apoya el progreso humano, sino que su fuerza es tan potente, que ninguna ensoñación

antiopresiva tendrá capacidad suficiente para resistirlos. En fin, lector del futuro, no hay tantos tontos, aunque lo parezca.

* * *